D7

LOS DOMINGOS DE ABC

CLAVES DE ACTUALIDAD

Símbolos de España. Arraigados en la historia
Bellezas brasileñas. ¿Con o sin curvas?
La caída del imperio del fútbol en Italia
Telescopios. Una ventana con vistas al universo
Coleccionismo. La educación de la mirada

LA SEMANA

Análisis político, social, económico y cultural

11 DE FEBRERO DE 2007

Estado en que quedó la mezquita de Samarra, uno de los principales santuarios chiíes, tras el atentado de febrero de 2006 que inflamó el odio sectario en Irak

Guerra civil en el Islam

Los enfrentamientos entre suníes y chiíes amenazan con arrastrar al mundo musulmán a un conflicto generalizado

EN PORTADA

VIAJES

GUATEMALA

UN ITINERARIO PARA DESCUBRIR CÓMO VIVEN LOS DESCENDIENTES DE LOS MAYAS

MOTOR

VOLVO V70

LA VERSIÓN FAMILIAR DEL S80 QUE LLEGARÁ A NUESTRO MERCADO EL PRÓXIMO VERANO

Coleccionismo. La educación de la mirada

Colección

La educación de la mirada

El segoviano Marcos Martín Blanco, fundador de un imperio porcino, se **reinventó a sí mismo hace 35 años**. Junto a su esposa, Elena Rueda, aprendió a ver y forjó una prodigiosa colección de arte contemporáneo

TEXTO: **ALFONSO ARMADA** FOTO: **SIGEFREDO**

A simple vista no se ve nada. Nadie podría imaginar que en tres sótanos contiguos de una preciosa casa segoviana del siglo XVII se encuentra parte de una colección de pintura y fotografía contemporánea tan prodigiosa que haría las delicias del Reina Sofía. Nadie podría imaginar cruzándose por la calle con Marcos Martín Blanco que, a sus 77 años, tras su aspecto austero de físico despistado y extravagante se esconde un empresario que transformó la provincia de Segovia y un empedernido amante del arte más actual, que «aprendió a ver» y reinventó su vida y a sí mismo cuando la mayoría suele pensar que tiene más pasado que futuro. Ahora quiere crear a la vera del Eresma un nuevo museo con una colección que ha armado paso a paso con su esposa, Elena Rueda, dejándose llevar por «el flechazo y la emoción».

A simple vista no se ve nada, y mucho menos la biografía de un niño que se rompió los codos para poder escapar de su aldea natal de El Guijar de Valdevacas y la dura existencia campesina. Siempre se le dieron mejor los números que las letras, y gracias a una inspectora de Hacienda represaliada por haber servido a la República, que le dio clases particulares y alentó su voluntad de aprender, y a un tesón que no ha menguado, Martín Blanco ingresó como interno en los maristas segovianos y acabó estudiando Económicas en la universidad de Madrid. Para ayudar a su familia a costearse la carrera montó el primer negocio de una larga trayectoria empresarial: venta de huevos, aves y caza. Tras ganar unas oposiciones a economista del Estado, posición que durante veinte años compaginó con la de consultor, fundó con varios cuñados una granja agropecuaria y, a partir de esa experiencia, con el servicio de concentración parcelaria de Segovia, creó una cooperativa que con el tiempo llegaría a ser la primera industria de la provincia de Segovia y la segunda compañía de explotación de porcino de España, con millón y medio de cerdos en sus granjas de última generación.

Pero a Marcos Martín Blanco no le gusta hablar de su pasado, sino de la pasión que desde hace 35 años se apoderó de su vida y le convirtió, junto a su esposa Elena, en uno de los más renombrados coleccionistas de arte de España. Con 830 cuadros y fotografías de artistas como Miquel Barceló, Julian Schnabel, Hernández Pijuan, Sol LeWitt, Soledad Sevilla, Thomas Ruff, David Salle, Cristina García Rodero, Eva Lootz, Eric Fischl, Clemente, Herbert Bradl, Lisa Yuskavage, Will Cotton o José María Sicilia, la historia de Marcos Martín Blanco es la de una educación de la sensibilidad y de los sentidos a la que contribuyó de manera decisiva el hecho de que su esposa fuera prima de un exquisito pintor y decorador: Gerardo Rueda.

Cestos o marfiles

Para sorpresa de ambos, Rueda aceptó el envite de decorar su casa con vertiginosos y emocionantes ventanales sobre el valle del Eresma, vistas que se derraman sobre Zamarramala y la Lastrilla, quizá la más bella fachada segoviana. Fue Rueda quien les dijo que «se puede decorar una casa con cestos o con marfiles», y quien les introdujo en el universo de la pintura abstracta.

«Las visitas eran siempre iguales, un lenguaje plástico que se nos antojaba árido y sin sentido. Casi siempre abandonábamos las exposiciones jurando en arameo»

Marcos Martín Blanco se apasiona y se enciende cuando habla de una colección que ya no sabe donde meter, que le ha llevado a gastárselo casi todo en adquirir «las mejores obras posibles de cada artista» y con la que quiere crear en su querida Segovia su museo (para el que ya cuenta con casi todos los parabienes municipales y ha cedido más de la mitad de su valiosa finca urbana), o cuando despotrica contra las cotas de delirio que no deja de escalar el mercado artístico: «Nosotros no estábamos interesados en la pintura abstracta, pero Gerardo supo sensibilizarnos con propuestas que aceptamos y que han supuesto el origen del cambio en nuestra sensibilidad, sobre todo en la forma de contemplar y mirar la pintura». Empezaron una autoeducación sentimental, espiritual y sensorial que les llevaba una tarde a la semana a visitar exposiciones y galerías de pintura contemporánea: «Las visitas eran siempre iguales, un lenguaje plástico que no entendíamos, se nos antojaba árido y sin senti-

Marcos Martín Blanco y Elena Rueda, rodeados de una parte mínima de sus tesoros. De izquierda a derecha: Urzay, Cecily Brown, Santiago Serrano, Broto y Herbert Brandl

do alguno. Casi siempre abandonábamos las exposiciones jurando en arameo. Tuvimos la paciencia del santo Job y no sucumbimos al desaliento, hasta que por fin un día se empezó a producir en nosotros un cambio de mirada».

Antes de que Gerardo Rueda, ya fallecido, irrumpiera en su casa y en sus vidas («el 24 de junio de 1980, día de san Juan», recita Martín Blanco como la fecha de su iluminación) apenas habían comprado algunas obras de cierto valor, pertenecientes a la Escuela de Vallecas y a la Escuela de París. «Gerardo era muy respetuoso con nuestros gustos. Nunca trataba de imponer o seducir. Pero gracias a él empezamos a aprender a discernir. Fue para nosotros un verdadero maestro del gusto. Respetaba tu integridad. Él era muy didáctico. Le gustaba hacer de pigmalión, y nosotros estábamos ansiosos de aprender». Aconsejados por galeristas como Soledad Lorenzo o pintores como Carlos León, Marcos y Elena han sido unos alumnos aplicados, y ahora se detienen sobre los cuadros apilados en sus heladores sótanos, se maravillan ante un exuberante desnudo de Yuskavage o una provocadora fotografía de Andrés Serrano con la fe del converso, que quiere hacer compartir al neófito los placeres de los que no disfrutamos por no haber educado, por ejemplo, la mirada. Y así surgió su primer «flechazo»: un gran cuadro de Miquel Barceló. El artista por el que más dinero han pagado: 16 millones de pesetas en 1988. Una pequeña fortuna entonces.

«Desde tu mundo consciente aplicas el cerebro y la artitmética y rechazas el resto. ¡Y eso es mentira!». El coleccionista, de natural sobrio y algo reticente, y el antiguo economista, amante de los números, el empresario preocupado por los balances, que salía de su convalecencia de una hepatitis contemplando la vega del Eresma para presidir un consejo de administración, se inflama: «La verdad son los sentimientos y los sentidos. A medida que vas ampliando el campo, los ventanales se hacen más amplios, se convierten en puertas a la mente humana. El mundo del arte es el que te ensancha, no el de los negocios que te hacen perderte a ti mismo. El arte te cambia. El arte nos ha cambiado. La emoción es el asunto primordial. No tenemos sentido de propiedad, por eso queremos que estos cuadros ahora almacenados los puedan ver otros y aprendan como nosotros. Queremos compartir esa emoción. Porque pensamos que el arte tiene la capacidad de hacernos mejores». Ha nevado sobre la Mujer Muerta, sobre las cumbres que protegen Segovia. El aire está limpio y el sueño de Marcos Martín Blanco y Elena Rueda está más cerca de hacerse realidad, y que los cuadros salgan de los sótanos helados y se encuentren con el calor de otras miradas. ■

Ismael Urzaiz, futbolista, amante del arte

NIEVES FONTOVA

Ismael Urzaiz, delantero del Athletic, comenzó por pura intuición a adquirir aquellas obras de arte que más le gustaban.

—¿Cuándo nació su afición?

—Lo primero es tener inquietud, ya sea por el arte, el cine o el teatro. Esta inquietud la he tenido siempre, desde pequeño, pero hasta que no me instalé de forma más permanente no pude empezar a pensar en comprar algo y hacer una pequeña colección. Los primeros años de mi carrera fui muy nómada y no tuve tiempo prácticamente de mirar nada, pero el gusanillo estaba ahí. Mi llegada a Bilbao fue el desencadenante para comenzar a comprar cosas que me gustaban, sobre todo pintura y escultura.

—Ahora que lleva ya tiempo comprando ¿todavía se deja asesorar?

—Más que nunca, porque según pasa el tiempo más crees que sabes y eso es peligroso. Una cosa es tener un nivel adquisitivo que te permita comprar algo que sabes que siempre tendrá un valor en el mercado. Ahí el riesgo es pequeño. Otra es ir haciendo la colección poco a poco, apostando. Otras veces me tiro a la piscina y compro por intuición y si me gusta me quedo tan contento.